

Otra vez el plural... y la equivocación. Porque quien tortura eres tú con tus ripios, etc.

«¿Por qué así torturáis mi pensamiento
Con el horror pintando de esta triste...»

¿Y quién es la triste?... ¡Ah! ya.

«Noche la imagen de mis dichas vana?»

¡Y vayan ustedes á entender esto de la imagen de las *dichas vana!*...
Pero vamos á ver, hombre:

¿Por qué así torturar á los lectores
Con el horror pintando del mal gusto
La insipiencia y el ripio y los errores?
¿Te parece eso justo?

XII

Otro poeta viejo.

Casi tan viejo como Prieto, y tan malo sin casi.

Después de haber dedicado el anterior artículo, como entre paréntesis, á Cánovas, no en su calidad de exministro de Ultramar, sino en la de mal escritor de ambos mundos, vuelvo á abrir el *Libro nacional de lectura*, y me encuentro con don Casimiro del Collado.

De este señor dicen los arregladores del consabido libro que nació en Santander en 1821, y que, «aunque conserva la nacionalidad española, por vínculos de familia, por domicilio y por afectos arraigados, pertenece á la patria mejicana (¡que aproveche!), cantada por él en sus *cincelados versos*.»

No crean ustedes, con todo, que el señor del Collado es un escultor.

No, nada de eso.

Es verdad que sus versos están hechos á golpes; pero no es el cincel lo que ha mane-

jado, sino la azúela y el formón, porque no trabaja en mármol, sino en chopo.

Es un carpintero de basto.

¿Han leído ustedes versos del difunto Cañete, ó de Marcelino Menéndez, ó de don Aureliano Fernández?...

Pues casi lo mismo son los del señor Collado. Un poco peores, si es que cabe, pero del mismo estilo.

Como que el señor Collado es miembro Correspondiente de la Real Academia Española desde hace mucho tiempo.

Y con justicia.

Porque también desde hace mucho tiempo, desde su niñez como quien dice, dió en hacer versos de un gusto sinceramente académico, es decir, depravado.

Con la circunstancia de que para versificar, allá de muchacho, descoyuntaba con bastante facilidad el idioma, y ahora, de viejo, le descoyunta más y con más facilidad todavía.

Que es el mismo caso del cuento:

—Me parece que hoy tose usted ya mejor que ayer—decía una mañana el médico á un enfermo del pecho.

—Noes extraño, doctor—contestaba el paciente.—¿No ve usted que he estado ensayando toda la noche?

Así hacen estos poetas académicos.

Se pasan la vida ensayando combinaciones raras de palabras sin uso y desnaturalizando

la lengua, de modo que, al llegar á viejos, hacen verdaderas maravillas en el ramo.

Véase la clase:

«LAURUS NOBILIS»

La composición del señor Collado escogida por los arregladores del *Libro nacional de lectura* (no se olvide que es de *lectura*) tiene el título en latín.

Y después del título lleva esta nota de los arregladores susodichos:

«El eminente y clásico poeta envió al Maestro (así, con eme grande) Guillermo Prieto los versos que siguen acompañados de una planta de laurel. También los versos son laureles.»

¡Sí por cierto!...

¡Tomaran ser escobas!

Pero no creo que pasen de helechos.

Lo vamos á ver pronto...

Pero todavía, antes de llegar á la obra del señor Collado, encontramos un tema de cerca de dos versos (un verso y tres cuartillos) que dice:

«Laurel de Apolo

Que tierno se alza á la materna sombra

Del tronco protector...»

(*Geórgicas de Virgilio, traducción de Miguel A. Caro.*)

Este Miguel A. Caro es otro poeta americano muy alabado por los Marcelinos ó alabarderos de acá y de allá, pero muy prosaico y muy insufrible, como á su tiempo verán ustedes.

Aunque ya lo pueden ver ahora por ese fragmento de traducción, lleno de rípios y de disparates.

Porque cuidado que, ¡un ramo de laurel alzándose á la sombra del tronco!... ¡Cuando precisamente es al revés, porque al tronco le dan sombra las ramas! ¡Y luego la sombra materna... del tronco!... Que sería paterna en todo caso; porque un tronco de laurel parece que debe ser padre y no madre...

Mas dejemos á don Miguel A. Caro para cuando le llegue su turno, y vamos á ver los versos de don Casimiro, que empiezan:

«Crece en mi huerto un árbol semejante
(¡Hermoso consonante!)
Al que en la tumba de Virgilio antaño
(¡Uí! ¡Otro!... este es de estano.)
Plantó Petrarca y destruyó constante...»

Aquí la primera impresión es la de que *constante* es otro personaje como Petrarca, que destruyó lo que éste había plantado...

Peró luego, al ver que el *constante* está escrito con ce minúscula, entra uno en sospecha de que acaso sea un adjetivo, y se resigna á ir á buscar el sustantivo al verso si-

guiente, sin que pueda encontrarle ni salir de dudas hasta llegar á lo más último.

Repítamos.

«Crece en mi huerto un árbol semejante
Al que en la tumba de Virgilio, antaño,
Plantó Petrarca y destruyó constante
De la incuria y del tiempo el doble amaño.»

Aquí es donde se acaba de caer en la cuenta de que quien destruyó el árbol no fué un tal *constante*, como parecía, sino el *amaño*, un *amaño constante* y *doble* de la *incuria* y del *tiempo*, *amaño* que no por eso es *doble* ni puede ser *constante* ni aun *amaño* siquiera, pues ni la incuria ni el tiempo son capaces de *amañar* nada. La primera porque se distingue, por lo contrario precisamente, por no *amañar*; y el segundo, porque no sabe de *amaños* ni los necesita, teniendo como tiene gran poder para destruir las cosas con sólo pasar sobre ellas.

De modo que la forma de expresión del señor Collado no ha podido ser más desgraciada.

Veamos cómo sigue:

«Congénere...»

¡Dios mío!

«Congénere es del mismo que la frente...»

Congénere... la frente... ¡Además de ser tan antipoética la primera palabra del verso, ser asonante de la última!...

«*Congénere del mismo que la frente*
Del vate y del guerrero
Ornaba, cuando Roma *armipotente*
El triunfo de la lira ó del acero
Al Olimpo exaltaba *refulgente.*»

Notarán ustedes que, en efecto, el estilo es *congénere* del de Cañete y Marcelino, aunque una miajilla degenerado...

Pero, ¿á que nadie se atreve á afirmar de una manera categórica la pertenencia del adjetivo y consonante *refulgente*?

Puede pertenecer al *Olimpo*, puede pertenecer al *acero*, puede pertenecer al *triunfo* y puede pertenecer á *Roma*.

Por su naturaleza á quien mejor conviene, es al *acero*: por reglas de sintaxis estricta... no pertenece á ninguno de los nombres indicados.

Otro golpe:

«Su perpetuo verdor *aun del tugurio.....*»

¡Qué nombres más raros se le ocurren!
Me temo que haya algún augurio.....

«Su perpetuo verdor, aun del *tugurio*
Alejaba el contagio,

Colocado en la popa del *trirremo*,
De victorias *augurio*
(¡Ya lo dije! Me temo...)
Las furias alejaba del naufragio
Al *compasado* rechinar del remo.....»

Trabajoso, pesado, obscuro, sin substancia.
Adelante.

«*Plegaria y voto al par*, la gente griega
Contra destino *infausto.....*»

Habrá holocausto, no lo duden ustedes;
habrá holocausto.

Lo que no habrá será sentido.

Porque no se llega á saber qué quiere decir eso de *plegaria y voto al par*; si es que la *gente griega* era á la vez *plegaria y voto*, ó si es otra cosa cualquiera.

«*Plegaria y voto al par*, la gente griega
Contra destino *infausto*
En el onda *laustral* el lauro *anega*;
Y de oro, más que de agua, en *holocausto*
La trípode Apolínea en Delfos *riega.....*»

¡Cuánta majadería!

Hubo efectivamente *holocausto*; pero efectivamente no hubo sentido.

Porque, ¿quién entiende lo que es eso de

regar en Delfos la trípode Apolinea, en holocausto, de oro, más que de agua?

Todo ello después de anegar el lauro en el onda (*¡el onda!*) laustral, contra destino infausto la gente griega, plegaria y voto al par... lo cual, ni leído al revés, ni leído á derechas, se entiende.....

¡Y pensar que á este pobre señor le ha llamado Marcelinico tantas veces *eminente poeta!*.....

Vamos á ver... algún otro desastre:

«*El en los juegos píticos ceñía.....*»

El no es Marcelino, ni el *destino* infausto tampoco... Ha de ser el laurel, si no me engaño.

«*El en los juegos píticos ceñía
La sien sudosa al triunfador atleta
O al vencedor del canto.....*»

¿Quién sería el *vencedor del canto*? ¿Cuál el canto vencido?... sería topográfico, musical ó rodado simplemente?.....

¡Qué don Casimiro!.....

Tras de habernos obligado á oler el sudor asqueroso del atleta, hablándonos de su sien

sudosa, dejarnos ahora en estas incertidumbres.....

«*El en los juegos píticos ceñía
La sien sudosa al triunfador atleta
O al vencedor del canto.
El — ¡pueril vanidad en héroe tanto!*—

Pero, ¿quién es el héroe *tanto*? ¿Es el laurel?... Y no siendo el laurel, que ni es héroe, ni capaz de vanidad pueril, ¿quién puede ser, si por ahí arriba no queda ningún héroe *tanto*, ni tonto?.....

Vamos á ver si se averigua:

«*El — ¡pueril vanidad en héroe tanto!*—
Bajo verde follaje y *florecente.....*»

Otra duda. ¿Quién es el *florecente*? ¿Es el laurel, es el héroe, ó es el verde follaje? Y en este caso último, ¿por qué no haber dicho *bajo follaje verde y floreciente*? El verso no sería mejor, pero resultaría más claro.....

Apuremos la estrofa.

«*El — ¡pueril vanidad en héroe tanto!*—
Bajo verde follaje y *florecente*,
Del sarcasmo del vulgo sacó *salva*
La *pensativa* frente
Del grande dictador *radiosa y calva.....*»

Ni por esas. Ni por echarnos al colete esa

tirada de palabras incoherentes hasta las de *radiosa* y *calva*, hemos logrado averiguar quién es el héroe *tanto* de la vanidad pueril, ni cómo el laurel *bajo verde follaje* (follaje bajo follaje) floreciente además, pudo sacar *salva* del sarcasmo del vulgo la frente del grande Dictador, *pensativa calva* y *radiosa*.

Vamos á ver si somos en otro pasaje más afortunados:

«Del huerto donde el aura
Con *vivífico* aroma
El vigor de los músculos restaura
Y de la edad los desalientos *doma...*»

¡Jesús, qué disparate!

¡Domar los desalientos!... ¿No están ellos bastante domados?...

Se *doman* los novillos, los potros, las fieras, y, metafóricamente hablando, las pasiones. Pero, ¿los desalientos?...

Si desaliento es la falta de aliento, señor don Casimiro, y domar es amansar, mitigar el vigor y la energía de las cosas que tienen demasiada, ¿cómo va usted á domar los desalientos?

«Y de la edad los desalientos *doma...*»

Nada, que á ustedes los *poetas* académicos

se les figura que no hay más que coger verbos del Diccionario y plantarlos donde mejor convenga al consonante, signifiquen lo que signifiquen y digan lo que digan.

Lo mismo hacía su *congénere* don Andrés Bello, también muy enaltecido y elogiado por los académicos de acá y de allá, y también *poeta* malísimo.

Pues así como usted por la fuerza del consonante se ha atrevido á *domar* los desalientos, él por la misma fuerza atribuyó facultad de educar y capacidad para recibir educación á las patatas.

Es gracioso.

Pretendía decir que la patata *cría* para los americanos sus tubérculos, pero acababa de hablar de la *yuca*, y, para hacer consonante á esta última planta, en lugar de decir *cría*, dijo *educa*.

Verá usted:

«Para tus hijos la *procera* palma
Su vario feudo *cría*,
Y el ananas sazona su ambrosía,
Su blanco pan la *yuca*,
Sus rubias pomas la patata *educa*.»

¡Qué hermosura!... Parece que se está viendo á la patata dar lecciones á sus patatinas...

La verdad es que á nadie se le había ocurrido que las patatas pudieran recibir educación, y darla, menos; pero, ¿quién sabe?...

Educándose, aunque sea dificultosamente, los académicos, y siendo ya Comelerán catedrático, no afirmaré yo que no puedan llegar al mismo grado de relativa perfección todos los demás individuos de la familia.

Mas volvamos á los versos de don Casimiro, el domador de los desalientos.

«Del huerto donde el aura
Con vivífico aroma
El vigor de los músculos restaura
Y de la edad los desalientos doma,
Este joven laurel ornato sea...»

¿Qué tendría que ver con el ornato la restauración?

«Y creciendo en vigor y lozanía
Por lustros de salud y poesía
(Novedad, prontitud y economía)
De tu vejez las lindes dilatarse
A prolongado alongamiento vea.»

¡Eso es! A *prolongado alongamiento*... Albar da sobre albar da.

¿O será que haya por ahí también *alongamientos acortados*?...

Siga don Casimiro:

«Y cuando apague el luminoso faro
De tu fértil ingenio...»

Así; fértil como una buena tierra de pan llevar.

«Y cuando apague el luminoso faro
(Faro no luminoso fuera raro)
De tu fértil ingenio, la Inclemente
(¿Con I grande!... ¿De quién será pariente?)
De la aromosa cúpula al amparo
(«Cúpula al... cupulal... duro y no claro)
Repose tu ceniza blandamente.»

¡Hombre! ¿Y le han de enterrar en el huerto como á un gato?...

Siga usted:

«¡Oh, buen poeta!...»

No, señor; por eso no paso, don Casimiro. ¿Cómo que buen poeta Prieto?... Muy malo. Tan malo como usted al poco más ó menos, porque no se exceden ustedes un par de coricias...

«¡Oh, mal poeta! En lustros venideros
Tu sepulcro y el árbol que le asombre...»

¿Cree usted que los sepulcros pueden asombrarse?...

Y eso que oyendo los versos de usted ó de otro académico cualquiera, no tendría nada de extraño.

Porque hay disparates académicos capaces de asombrar á un carro de céspedes.

«Tu sepulcro y el árbol que *te asombre...*»

Usted, sin embargo, no ha querido decir lo que dice. Con ese que *le asombre* ha querido usted decir que *le haga sombra*.

Y no lo ha dicho.

Porque el hacer sombra no se llama *asombrar*; se llama *sombrear*.

«¡Oh, buen poeta! *En lustros venideros*
Tu sepulcro y el árbol que *le asombre*,
Frecuenten de las letras los obreros...»

Tampoco se sabe aquí si el sepulcro y el árbol que *le asombre* han de frecuentar *de las letras los obreros*, como pide la sintaxis, ó si *de las letras los obreros*, es decir, *los obreros de las letras*, que es de suponer sean los cajistas, han de frecuentar el sepulcro y el árbol como parece que reclama el sentido.

Y eso que sentido no le hay apenas.

Acabemos:

«Así *justo homenaje á gran renombre*
Y de *robusta inspiración auxilio...*»

¿Auxilio, por qué? ¿Y cuál es el auxilio?

¿Cuál es el justo homenaje?... ¿Y cuál es la inspiración *robusta*? ¿A ver?

«Así, *justo homenaje á gran renombre*
Y de *robusta inspiración auxilio*,
De Posilipo en la desierta gruta
Solicita el cantor, *mas no disfruta*
El lauro y la ceniza de *Virgilio...*»

Entonces no es así.

Porque usted quiere que los obreros de las letras frecuenten el sepulcro y el laurel de Prieto, vamos, que los disfruten; y luego dice usted que el *cantor*, el que sea, *no disfruta el lauro* y la ceniza de Virgilio...

¿Para qué empieza usted el período diciendo *así*, si es todo lo contrario?

Ni gramática, don Casimiro.

Ni la suficiente gramática sabe usted para que se le entienda.